

Annalena Tonelli mártir de la caridad cristiana

Luis Alfonso Orozco

Profesor del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma

El 5 de octubre de 2003 en Borama al norte de Somalia murió asesinada de un tiro de arma de fuego en la nuca. ¿Su culpa? Para su asesino musulmán era triple: ser mujer, blanca (occidental) y cristiana. Hoy en Italia y Occidente todavía es poco conocida la gesta humana, heroica, silenciosa y martirial de Annalena Tonelli, quien precisamente en el año y en el mes de la canonización de san Daniele Comboni, obispo misionero de África y fundador de los Misioneros y Misioneras Combonianos y de la beatificación de la Madre Teresa de Calcuta, donó su vida por los pobres a quienes servía por amor a Cristo.

¿Quién es esta extraordinaria y actual mujer? Annalena Tonelli nació en Forlì, Italia, el 2 de abril de 1943 y desde muy joven se sintió llamada a consagrarse al servicio del prójimo. Creció, estudió y se formó alimentando en su corazón esta vocación especial y, en cierto, sentido fuera de lo común, porque Annalena no tuvo directores espirituales que la condujeran, ni perteneció a organizaciones religiosas; ella se dejó guiar por el Espíritu Santo y cultivó con atención lo que sintió dentro de sí, mucho antes de partir para África, donde permaneció como misionera laica durante 33 años.

Su maravillosa vocación a la caridad, más que un mero voluntariado, la hizo ocuparse de los otros en quienes veía y amaba a Cristo. Ella misma lo explicó en diciembre de 2001 en la Sala Paolo VI del Vaticano, durante un congreso al que fue invitada a participar: “Elegí desde que era niña prodigarme a los otros, a los pobres, los dolientes y abandonados, los no amados, y así ha sido y confío de continuar hasta al final de mi vida; quise sólo seguir a Jesucristo, ninguna otra cosa me interesó tan vivamente: Él y los pobres por Él.”

Annalena estudió Leyes en Bolonia y después adquirió varios diplomas en Londres y en España para la cura de enfermedades tropicales y la lepra; no era médico, pero vivió curando los enfermos. Ideó una profilaxis para la tuberculosis, utilizada hoy por el Organización Mundial de la Salud, en todo el mundo. Mujer de iniciativa, se había formado en la acción católica de Forlì, su ciudad natal, en su parroquia, y luego como Presidente local del FUCI (Federación Universitaria Católica italiana), organizando congresos. En el 1963

contribuyó a fundar en Forlì un Comité contra el hambre en el mundo, y que hoy sustenta un centenar de misiones. En 1969 movida por su deseo de servir dejó Italia y llegó Kenia, cerca del confín con Somalia, dedicándose a los nómadas del desierto. Ayudó en mil modos a los prófugos de Somalia, incluso salvando la vida de miles de ellos, denunciando los atropellos de los militares keniotas sin importarles las amenazas contra su persona.

En su soledad aprendió a convivir con el riesgo cotidiano, pues era continuamente amenazada por ser blanca, mujer, cristiana y además no casada. Verdaderamente su fortaleza estaba sólo en Dios. Esta mujer intrépida en el espíritu, grácil en el físico, en una entrevista durante una visita en Italia había declarado: “No tengo miedo, pero también esto es algo que no me he dado por mí misma. He estado en peligro de vida, me han disparado, golpeado, he sido encarcelada, pero no he tenido nunca miedo.”

Por su obra en favor de los refugiados y perseguidos, obtuvo del alto Comisariado de la ONU para los refugiados, el premio “Nansen Refugee Award”; pero no obstante el reconocimiento fue expulsada de Kenia y entonces se trasladó a Somalia, a Borama desde el 1996. Allí fundó un hospital con 250 camas, para los tuberculosos y enfermos de SIDA y después una escuela para niños sordos y minusválidos. Estaba convencida que con la instrucción podía mejorarse la situación económica y social de aquella pobre gente. Combatió la ignorancia y la barbarie de la infibulación tan difundida. De Italia y de otros partes de Europa llegaron voluntarios para ayudarla, durante un determinado período como las vacaciones veraniegas; recibía ayuda del Comité por ella fundado en Forlì, pero también de otras Organizaciones Internacionales.

Annalena era mujer de pocas palabras, pero demostraba mucho más con los hechos. No hablaba de si misma, aunque su labor cristiana era bastante conocida en África. Cuando la triste noticia de su muerte se conoció en Italia, grande fue la sorpresa por la magnitud de su labor benéfica y silenciosa de décadas entre los desheredados. Alguna vez ella refirió que su vida entre somalíes pasaba por la dificultad de ser cristiana, entre gentes de fe diversa y a menudo intolerante. Decía: “Puesto que me quieren, han esperado a que me convirtiera en musulmana. Mas cuando un viejo jefe tribal ha decretado que también iré al Paraíso, aunque soy una infiel, todos aceptan que yo sea la única cristiana del lugar“. Todos menos los asesinos que la convirtieron en una mártir de la caridad de nuestros tiempos.

Si en Italia fue poco conocida, a su muerte escribía Franca Zambonini, columnista de la difundida revista *Famiglia Cristiana*, “las somalíes emigradas en Italia, los nómadas de Kenia, los tuberculosos de Manyatta, los enfer-

mos de Sida de Borama y los refugiados del Norte Somalia, es decir los desconsolados de la tierra, ellos conocían bien a Annalena Tonelli”, que una mano asesina y quizás llena de odio por el bien que hizo, ha tronchado a sus 60 años, de los que 33 transcurrió en África y particularmente en Somalia dónde ha sido enterrada, como ella deseó.

Fuentes consultadas: *Antonio Borrelli* en *www.santiebeati.it*, y *Famiglia cristiana* n. 17/2003.